

Charles Dickens

Grandes esperanzas

Traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Great Expectations*

Primera edición: 2011
Segunda edición: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2011
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2011, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-593-7
Depósito legal: M. 640-2024
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Capítulo 1
19	Capítulo 2
33	Capítulo 3
41	Capítulo 4
56	Capítulo 5
73	Capítulo 6
77	Capítulo 7
93	Capítulo 8
112	Capítulo 9
123	Capítulo 10
133	Capítulo 11
155	Capítulo 12
164	Capítulo 13
176	Capítulo 14
180	Capítulo 15
197	Capítulo 16
205	Capítulo 17
218	Capítulo 18
238	Capítulo 19
260	Capítulo 20
273	Capítulo 21
281	Capítulo 22
301	Capítulo 23
314	Capítulo 24

324	Capítulo 25
335	Capítulo 26
346	Capítulo 27
358	Capítulo 28
368	Capítulo 29
388	Capítulo 30
402	Capítulo 31
412	Capítulo 32
422	Capítulo 33
434	Capítulo 34
444	Capítulo 35
456	Capítulo 36
467	Capítulo 37
479	Capítulo 38
499	Capítulo 39
519	Capítulo 40
540	Capítulo 41
549	Capítulo 42
561	Capítulo 43
570	Capítulo 44
582	Capítulo 45
594	Capítulo 46
606	Capítulo 47
617	Capítulo 48
628	Capítulo 49
642	Capítulo 50
649	Capítulo 51
662	Capítulo 52
671	Capítulo 53
691	Capítulo 54
714	Capítulo 55

Índice

726	Capítulo 56
735	Capítulo 57
754	Capítulo 58
766	Capítulo 59

Capítulo 1

Como el apellido de mi padre era Pirrip, y mi nombre de pila Philip, mi habla infantil no conseguía pronunciar ambos nombres de una forma más larga o clara que no fuese Pip. Así pues, me llamaba a mí mismo Pip, y de ese modo pasé a ser llamado.

Digo que Pirrip era el apellido de mi padre basándome en la autoridad de su lápida y en la de mi hermana, la señora de Joe Gargery, que estaba casada con un herrero. Como nunca vi ni a mi padre ni a mi madre, ni tampoco retrato alguno de ellos (pues sus días acabaron mucho antes de los de la fotografía), mis primeras fantasías sobre el aspecto que debían de haber tenido derivaban, sin la menor justificación, de sus lápidas. Por la forma de las letras de la de mi padre, me hice la extraña idea de que era un hombre robusto y corpulento, de piel morena y pelo negro y rizado. Por la distorsión de los caracteres de la inscripción «*Y también Georgina,*

esposa del arriba nombrado»¹, llegué a la infantil conclusión de que mi madre era pecosa y enfermiza. A cinco pequeños rombos de piedra, cada uno de alrededor de cincuenta centímetros de longitud, que estaban dispuestos en ordenada fila al lado de su tumba y dedicados a la memoria de cinco pequeños hermanos míos –los cuales habían desistido de vivir nada más comenzar esa lucha universal–, les debía la creencia, que albergaba escrupulosamente, de que todos habían nacido boca arriba con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, de los que nunca las sacaron mientras existieron.

Éramos de la región de las marismas, que, situada entre las revueltas del río, distaba unos treinta kilómetros del mar. Mi primera impresión vívida y clara de la identidad de las cosas, me parece que la obtuve una memorable y cruda tarde en que empezaba a oscurecer. Entonces descubrí con certeza que ese lóbrego lugar cubierto de ortigas era el cementerio, y que Philip Pirrip, natural de esa parroquia, y también Georgina, esposa del arriba nombrado, estaban muertos y enterrados; y que Alexander, Bartholomew, Abraham, Tobias y Roger, hijos de los antedichos, también estaban muertos y enterrados; y que la oscura y llana extensión de tierra que había más allá del cementerio, cortada por diques, montículos y vallas y salpicada de ganado que pacía en ella, era la marisma; y que la baja línea plomiza de detrás era el río; y que la lejana guarida salvaje desde la que soplaban con furia el

1. Sería más apropiado decir sencillamente «su esposa» o «esposa del anterior», pero al leer el principio del capítulo 7 el lector entenderá la necesidad de expresarlo de este modo literal.

viento era el mar; y que el pequeño manojito de nervios que se estaba empezando a asustar por todo aquello y a llorar era Pip.

—¡Deja de hacer ruido! —exclamó una voz terrible, al tiempo que surgía un hombre de entre las tumbas que había al lado del pórtico de la iglesia—. ¡Cállate, demonio, o te corto el cuello!

Era un hombre aterrador, vestido con una basta tela gris, que llevaba un enorme hierro en una pierna. Un hombre sin sombrero, con los zapatos rotos y un trapo viejo atado alrededor de la cabeza. Un hombre que estaba calado de agua y cubierto de barro, que cojeaba por culpa de los cantos rodados, al que habían infligido cortes las piedras afiladas, pinchado las ortigas y arañado los brezos; que renqueaba, temblaba, miraba con expresión fiera y gruñía; y cuyos dientes castañeteaban cuando me agarró de la barbilla.

—¡No me corte el cuello, señor! —le supliqué aterrizado—. ¡Se lo ruego, no lo haga, señor!

—¡Dime cómo te llamas! —dijo él—. ¡Rápido!

—Pip, señor.

—Repítelo —dijo mirándome fijamente—, y dilo alto.

—Pip. Me llamo Pip, señor.

—Enséñame dónde vives —dijo el hombre—. Señálame el lugar.

Señalé hacia donde estaba nuestro pueblo, en la llanura entre los alisos y los árboles desmochados, a kilómetro y medio o más de la iglesia.

El hombre, después de mirarme un momento, me volteó boca abajo para vaciarme los bolsillos. No había nada en ellos salvo un pedazo de pan. Cuando la iglesia

volvió a estar en su sitio –pues el movimiento fue tan brusco y violento que hizo que aquella girara ante mí, de modo que vi el campanario bajo mis pies–, cuando volvió a su sitio, como digo, yo estaba sentado sobre una alta lápida, temblando, mientras él se comía el pan con voracidad.

–Vaya, cachorrillo –dijo el hombre relamiéndose los labios–, qué mejillas más gordas tienes.

Creo que sí eran gordas, aunque por aquel entonces aún no me había desarrollado como correspondía a mi edad, por lo que no era muy robusto.

–Maldita sea, es que me las comería –dijo con un movimiento amenazador de cabeza–, ¡y hasta me están dando ganas de hacerlo!

Yo le manifesté de todo corazón mi esperanza de que no lo hiciera, y me agarré con más fuerza a la lápida sobre la que él me había puesto, en parte para no caerme y en parte para no echarme a llorar.

–Vamos a ver –dijo el hombre–, ¿dónde está tu madre?

–Ahí, señor –contesté.

Dio un respingo y comenzó a correr, pero enseguida se detuvo y miró a su espalda.

–Ahí, señor –le expliqué tímidamente–. También Georgiana. Esa es mi madre.

–¡Ah! –exclamó mientras volvía–. ¿Y el que está al lado de tu madre es tu padre?

–Sí, señor –dije–, él también está ahí, natural de esta parroquia.

–Vaya... –murmuró mientras meditaba–. ¿Y con quién vives, suponiendo que tenga la amabilidad de dejarte vivir, lo cual no he decidido todavía?

–Con mi hermana, señor, la señora Gargery, esposa de Joe Gargery, el herrero, señor.

–Conque herrero... –dijo, tras lo que agachó la cabeza y se observó la pierna.

Después de mirar con expresión misteriosa a su pierna y a mí varias veces, se acercó más a mi lápida, me agarró de ambos brazos y me inclinó hacia atrás todo lo que le dieron de sí los brazos, de manera que sus ojos mirasen hacia abajo a los míos de la forma más sobrecogedora posible, y los míos mirasen hacia arriba a los suyos de la forma más indefensa.

–Mira bien lo que te digo –me advirtió–, se trata de saber si voy a dejar que vivas. ¿Sabes qué es una lima?

–Sí, señor.

–¿Y sabes lo que son víveres?

–Sí, señor.

Después de cada pregunta me inclinaba un poco más, para provocarme mayor sensación de indefensión y peligro.

–Tráeme una lima –dijo inclinándose más–, y tráeme víveres –me volvió a inclinar–. Tráeme las dos cosas –otra inclinación–. O, si no, te saco el corazón y el hígado.

Y me inclinó una vez más. Yo estaba tan aterrorizado y aturdido que me aferré a él con ambas manos y le dije:

–Por favor, señor, si fuera tan amable de mantenerme recto, a lo mejor no me marearía y así podría atenderle mejor.

Entonces me dio una voltereta tan tremenda que la iglesia saltó por encima de su propia veleta y, a continuación, mientras me seguía sujetando de los brazos ya en

posición recta sobre la piedra, continuó hablando en los siguientes terribles términos:

—Mañana por la mañana bien temprano me traes la lima y los víveres. Me lo traes todo a aquella vieja batería de allá. Si lo haces, y no te atreves jamás a decir ni una palabra ni a hacer la menor indicación de que me has visto a mí o a cualquier otra persona, podrás seguir con vida. Si me fallas, o me desobedeces en algo de lo que te digo, por pequeño que sea, haré que te saquen el corazón y el hígado, y después que los asen y se los coman. En contra de lo que te puedas creer, no estoy solo. Hay otro hombre más joven escondido conmigo, comparado con el cual yo soy un angelito. Ahora está oyendo lo que te estoy diciendo. Ese hombre tiene una forma secreta que solo conoce él de llegar hasta donde esté un chico y arrancarle el corazón y el hígado. No sirve de nada que el chico intente esconderse de ese hombre. Ya puede echar el pestillo a la puerta, y meterse en su cama calentita, y arroparse bien, y taparse la cabeza con la manta, y creerse que está a salvo y abrigado, que ese hombre conseguirá ir arrastrándose sin hacer ruido hasta llegar a él y abrirlo en canal. En estos momentos estoy impidiendo, con grandes dificultades, que ese hombre te haga daño, pero cada vez me cuesta más mantenerlo apartado de tus tripas. Y bien, ¿qué me dices?

Le dije que le conseguiría la lima y todos los restos de comida que pudiera, y se los llevaría a la batería por la mañana temprano.

—Di que Dios te fulmine si no lo cumples —me conminó aquel hombre.

Así lo hice, y me bajó.

–Recuerda a lo que te has comprometido –continuó–, recuerda a ese hombre, y vete a casa.

–Buenas... buenas noches, señor –balbuceé.

–¡Sí, seguro que van a ser muy buenas! –dijo mientras miraba a su alrededor a la fría y húmeda marisma–. ¡Ojalá fuese una rana, o una anguila!

Al mismo tiempo, se rodeó el cuerpo tembloroso con ambos brazos, sujetándose como para mantenerse unido, y se fue cojeando hacia el bajo muro que rodeaba a la iglesia. Al verlo alejarse, moviéndose con cuidado entre las ortigas y las zarzas que rodeaban a los verdes montículos, a mi imaginación infantil le pareció como si estuviera intentando esquivar las manos de los muertos, que salían con cautela de sus tumbas para agarrarlo de los tobillos y arrastrarlo al interior de las mismas.

Cuando llegó al muro, lo saltó como alguien cuyas piernas estuviesen entumecidas y rígidas, y después se giró para ver dónde estaba yo. Al ver que se volvía, empecé el camino a casa haciendo el mayor uso que pude de mis piernas. Sin embargo, al poco miré hacia atrás y vi que seguía caminando hacia el río, todavía rodeándose con ambos brazos y moviéndose con cuidado con sus doloridos pies entre las grandes piedras que había esparcidas por la marisma para pisar sobre ellas cuando llovía fuerte o había pleamar.

En esos momentos, cuando me detuve para mirarle, la marisma solo era una larga línea horizontal negra, y el río solo otra horizontal, ni tan ancha ni tampoco tan negra; y el cielo solo era una hilera de largas y airadas líneas rojas entremezcladas con otras negras muy densas. En la orilla del río pude vislumbrar las únicas dos cosas oscuras

de todo el panorama que parecían mantenerse erguidas; una era la baliza que usaban los marineros para orientarse, la cual venía a ser como un barril sin aro encima de un poste y resultaba bastante fea cuando te acercabas; y la otra era una horca, que tenía unas cadenas colgando de las que en una ocasión había pendido un pirata. El hombre iba cojeando hacia esa última, como si fuese el pirata que había vuelto a la vida y, tras haberse bajado, regresara a ella para colgarse de nuevo. Sentí un terrible escalofrío al pensarlo y, como viera que las reses levantaban la cabeza para contemplarlo, me pregunté si habrían pensado lo mismo que yo. Miré por todas partes en busca de ese otro hombre horrible, pero no vi ni rastro de él. No obstante, volvía a estar muy asustado, por lo que eché a correr a casa sin detenerme.

Capítulo 2

Mi hermana, la señora de Joe Gargery, me llevaba más de veinte años, y se había labrado una gran reputación ante sí misma y los vecinos por haberme criado «a mano». Como por entonces yo aún no había descubierto lo que significaba aquella expresión, y sabía que ella tenía la mano muy dura y fuerte, que acostumbraba a descargar con frecuencia sobre su marido y sobre mí, suponía que tanto Joe Gargery como yo habíamos sido criados a mano.

No era una mujer muy atractiva mi hermana, por lo que yo tenía la vaga impresión de que debía de haber obligado a Joe Gargery a casarse con ella a mano. Joe era de complexión pálida, tenía rizos de un pelo rubísimo a cada lado de su suave rostro, y unos ojos de un azul tan indeciso que parecía que, de algún modo, se hubiera mezclado con el blanco de los mismos. Era un hombre afable, bondadoso, de buen carácter, de trato agradable

y atontado, el bueno de Joe; una especie de Hércules por su fuerza, pero también por su debilidad.

Mi hermana, la señora Joe, de pelo y ojos negros, tenía una rojez de piel tan predominante que a veces yo me preguntaba si acaso no se lavaría con un rallador en lugar de con jabón. Era alta y huesuda, y casi siempre llevaba un basto delantal, que se ataba por detrás con dos presillas y que tenía un inexpugnable peto cuadrado por delante, lleno de alfileres y agujas. Había convertido en un importante mérito de sí misma, y en un fuerte reproche contra Joe, el hecho de que tuviera que llevar tanto tiempo puesto ese delantal, aunque la verdad es que yo no veía razón alguna por la que tuviera que llevarlo, o, ya que lo llevaba, por la que no pudiera quitárselo todos los días.

La fragua de Joe estaba contigua a nuestra casa, que era de madera al igual que muchas de las viviendas de nuestra región; de hecho, la mayoría lo eran en aquella época. Cuando llegué a casa corriendo del cementerio, la fragua ya estaba cerrada, y encontré a Joe sentado solo en la cocina. Como éramos compañeros de sufrimientos, y como tales nos hacíamos confianzas, Joe me comunicó una en cuanto levanté el pasador de la puerta y, al asomarme, lo vi enfrente, sentado en el rincón de la chimenea.

—La señora Joe ha salido una docena de veces a buscarte, Pip, y ahora ha salido otra vez para hacer la docena de fraile.

—¿De verdad?

—De verdad, Pip —me contestó—, y lo que es peor, lleva a Tickler¹ con ella.

1. «Que hace cosquillas».

Al oír esa funesta información, me puse a dar vueltas al único botón de mi chaleco mientras contemplaba muy abatido el fuego. Tickler era un bastón con la punta de cera que ya estaba muy pulido por los golpes contra mi cuerpo.

–Ha estado sentándose y levantándose –me explicó Joe–, hasta que ha agarrado a Tickler y ha salido hecha una furia –dijo al tiempo que avivaba el fuego con el atizador por entre los barrotes inferiores y se quedaba mirándolo–. Hecha una furia, Pip.

–¿Lleva mucho rato fuera, Joe?

Yo siempre lo trataba como si fuese una especie de niño grande, y de igual a igual.

–Pues... –dijo mirando el reloj holandés–, esta última vez lleva fuera cinco minutos, Pip. ¡Cuidado, que viene! Escóndete detrás de la puerta, amigo mío, y ponte la toalla de rodillo delante.

Seguí su consejo. Mi hermana, la señora Joe, al abrir la puerta de un empujón y encontrarse con que había algo detrás que la obstruía, adivinó inmediatamente la causa y puso a Tickler a investigar los detalles. Concluyó arrojándome –yo le servía a menudo de proyectil conyugal– contra Joe, el cual de todas formas siempre se alegraba de poder abrazarme cualquiera que fuese la situación, tras lo que este me refugió junto al hogar y puso en silencio una de sus grandes piernas delante de mí a modo de parapeto.

–¿Dónde has estado, mico? –dijo la señora Joe dando una patada en el suelo–. Dime inmediatamente qué has estado haciendo por ahí, que me tenías muerta de miedo y preocupación, o te juro que te saco de ese rincón,

y ni aunque fueras cincuenta Pips y él fuera quinientos Gargerys podríais detenerme.

–Solo he ido al cementerio –dije desde mi taburete mientras lloraba y me frotaba las partes doloridas.

–¡Al cementerio! –repitió mi hermana–. ¡Si no fuera por mí, ya hace mucho que te habrían llevado al cementerio, pero para quedarte allí! A ver, ¿quién te ha criado a ti a mano?

–Tú –dije.

–¿Y por qué lo hice, si se puede saber? –preguntó mi hermana.

–No lo sé –gimoteé.

–¡Yo sí que no lo sé! –exclamó ella–. Y desde luego no lo volvería a hacer, eso sí que lo sé. Bien puedo decir que desde que naciste nunca me he podido quitar este delantal. Ya tengo bastante desgracia con ser la mujer de un herrero, que para colmo es un Gargery, para encima tener que hacerte de madre.

Mis pensamientos se alejaron de esa cuestión mientras miraba desconsolado al fuego, pues el recuerdo del fugitivo de la marisma con la pierna con aquel hierro, el otro hombre misterioso, la lima, la comida y la horrible promesa que había hecho de cometer un hurto en aquel hogar que me daba cobijo surgió ante mí de aquellas brasas vengadoras.

–¡Conque al cementerio! –dijo la señora Joe al tiempo que devolvía a Tickler a su sitio–. Ya podéis hablar del cementerio, vosotros dos –por más que uno de nosotros no lo hubiera nombrado en absoluto–. Un día de estos vais a hacer entre los dos que me lleven a mí allí, y entonces ya veremos cómo os las apañáis sin mí.

Mientras ella se dedicaba a preparar las cosas del té, Joe me miró desde arriba por encima de su pierna, como si estuviera imaginándose mentalmente cómo nos las apañaríamos los dos si se diera esa triste circunstancia augurada por mi hermana. A continuación, se sentó acariciándose sus rubios rizos y la patilla del lado derecho y siguiendo a la señora Joe con sus ojos azules, como hacía siempre cuando había tormenta en casa.

Mi hermana tenía una forma tajante de prepararnos el pan con mantequilla que nunca variaba. Primero con la mano izquierda se apretaba la hogaza con fuerza contra el peto, de manera que a veces se le clavaba algún alfiler o aguja que luego nos llevábamos a la boca. Después cogía mantequilla (pero no mucha) con un cuchillo y la extendía por el pan al estilo de un boticario como si estuviese preparando un emplasto, utilizando ambos lados del cuchillo con violenta destreza para alisar y moldear la mantequilla que sobresalía entre la corteza. Entonces daba al cuchillo una rápida pasada final por el borde del emplasto y cortaba una rebanada gruesa de la hogaza que, antes de que se separase del todo, partía en dos mitades, una de las cuales era para Joe y la otra para mí.

En aquella ocasión, aunque tenía hambre, no me atreví a comerme mi pedazo. Pensé que tenía que reservarme algo para mi temible conocido y su cómplice, el otro hombre aún más temible. Como conocía la forma tan estricta en que la señora Joe llevaba la casa, cabía la posibilidad de que mis pesquisas rateriles no encontrasen nada en la despensa, por lo que decidí guardarme el pedazo de pan con mantequilla en la pernera del pantalón.

Me resultó muy difícil hallar el valor necesario para conseguir dicho propósito. Era como si tuviera que decidirme a saltar desde el tejado de una casa muy alta, o a sumergirme en aguas muy profundas. Y, sin darse cuenta, Joe me lo puso aún más difícil. Dada la confraternidad que ya he mencionado que manteníamos como compañeros de sufrimientos, y su bondadosa camaradería conmigo, teníamos la costumbre de, cada noche, comparar la forma en que nos íbamos comiendo nuestras respectivas rebanadas, mostrándonoslas de vez en cuando en silencio para admiración mutua, lo cual nos alentaba a hacer mayores esfuerzos. Esa noche Joe me enseñó en varias ocasiones su pedazo, que disminuía rápidamente, para invitarme a participar en nuestra amigable competición de costumbre, pero cada vez me encontraba con mi taza amarilla de té en una rodilla y el pan con mantequilla sin tocar en la otra. Al fin, desesperado, decidí que tenía que llevar a cabo lo que me proponía hacer, y que sería mejor que lo hiciese del modo que resultase menos improbable y que estuviera acorde con las circunstancias. Aproveché un momento en que Joe acababa de mirarme para meterme el pan por la pernera.

Resultaba obvio que Joe estaba intranquilo ante lo que se figuró que era mi falta de apetito, ya que, meditabundo, dio un bocado a su rebanada pero no pareció disfrutarlo. Le dio vueltas en la boca mucho más tiempo del habitual y, tras estar mucho rato así entretenido, se lo tragó todo de golpe como si fuera una píldora. Estaba a punto de tomar otro buen bocado, para lo que ya se había llevado la rebanada a la boca, cuando me miró y vio que mi pan había desaparecido.

La sorpresa y consternación con las que Joe se detuvo cuando estaba en puertas de pegar el bocado y se me quedó mirando, eran demasiado evidentes para que escaparan a la observación de mi hermana.

–¿Qué pasa ahora? –preguntó de inmediato dejando su taza.

–Pip, amigo mío –murmuró Joe mientras negaba con la cabeza a modo de seria reconvención–, no hagas eso que te puede sentar mal. Se te va a pegar por alguna parte. Es imposible que lo hayas masticado todo.

–Que qué es lo que pasa –repitió mi hermana con mayor severidad.

–Si puedes toser algún pedazo, mejor que lo hagas –me dijo Joe horrorizado–. Los modales son los modales, pero tu salud es más importante.

Para entonces mi hermana ya se había desesperado, por lo que se abalanzó sobre Joe y, cogiéndolo de las patillas, estuvo un rato golpeándole la cabeza contra la pared que tenía detrás, mientras yo lo contemplaba todo desde mi rincón con expresión culpable.

–A ver si ahora te da la gana de contarme qué pasa –dijo mi hermana sin aliento–, que pareces un cerdo asustado con esa cara que pones.

Joe la miró con aire desvalido, tras lo que dio un triste bocado y me volvió a contemplar a mí.

–Mira, Pip –me dijo Joe, con ese último bocado todavía en la boca y en tono solemne y confidencial, como si estuviéramos los dos solos–, sabes que tú y yo siempre seremos amigos, y que yo nunca me chivaría de ti, pero es que... –movió la silla y miró al suelo que había entre nosotros, y después a mí otra vez–. Es que tragarte todo eso de golpe...